

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 24 DE MAYO DE 1931

NUM. 21



EL CHARLATAN

¿No habeis visto algunas veces a un hombre, a pie o en coche, muy sofocado, gesticulando como un energúmeno, mientras un espeso corro de curiosos le contempla con la boca abierta?

Pues ese es un charlatán, que vende unos frascos llenos de cierto líquido encarnado, verde o amarillo, con el cual, según él se curan todas las enfermedades.

Y no es esto lo peor, sino que hay tontos que le creen y le compran la mercancía, tan solo porque se dejan llevar de su facundia y de su oratoria.

Muy buena es la elocuencia cuando se emplea, por el que la posee, en apoyo de una buena causa; pero cuando se emplea indignamente, para hacer pasar por bueno lo que es malo, para hacer ver lo blanco

negro, entonces hay que desconfiar de ella.

Generalmente los que mucho hablan mucho yerran y suponiendo que hablen bien, suelen no servir para otra cosa. Fijaos en el grabado adjunto.

Siendo el perro el prototipo de la inteligencia entre los animales, ¿cómo se comprende que estén esos cuatro individuos de la raza canina tan embobados oyendo la arenga que les dirige un avechicho tan raro y tan estúpido? ¿Es posible que el tal pajarraco sepa más y tenga más cacumen que sus oyentes?

De ninguna manera: es que el orador resulta ser un pájaro de cuenta; posee el don de la palabra y explota la candidez de sus oyentes.

Lo mismo, lo mismo que ocurre a cada paso entre los hombres.

Explicuemos con este motivo la diferencia que existe entre la elocuencia, la facundia, la verbosidad y la charlatanería.

Llábase «elocuencia» el arte de persuadir, de conmover al o a los que escuchan, empleando para ello, no sólo las frases a propósito, sino también los gestos, los ademanes y las inflexiones de la voz.

«Facundia» es la facilidad de hablar. Esta es la que con más frecuencia logra el fin que se propone, pues no necesita para ello de la elocuencia; le basta con el aturdimiento que produce en el auditorio, mucho más si va unida a la «verbosidad», que es la abundancia de palabras, a fin de no repetir siempre las mismas y no dar monotonía al discurso.

Por último, es «charlatanería» la propiedad o facilidad de hablar mucho y sin substancia, aparentando ser muy entendi-

do en cualquier materia, cuando en realidad no se dicen más que disparates.】



AMOR MATERNAL

El amor de una madre es el más puro, fuerte y duradero de todos los amores humanos.

El amor paternal es indudablemente grande y sagrado, pero los hombres han visto con razón en el amor materno una cualidad de abnegación y sacrificio que forma parte de su misma esencia y que no puede ser igualada ni aun por el amor paterno.

Nuestras madres nos trajeron a la vida con dolor y desde nuestros primeros vagidos hasta la muerte han estado dispuestas a sufrir por nosotros.

La madre reclama siempre el derecho de sufrir por su hijo y de evitar a su hijo un sufrimiento, aunque sea merecido, si ella puede llevarlo en lugar de él.

Por eso el amor materno es la imagen más fiel que puede encontrarse en el mundo del amor de Dios que se ha revelado en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: un amor que sufre por sus criaturas.

Cristo, el hombre perfecto, tuvo un amor semejante en ternura y compasión al de una madre.

El valor que Dios dió a la infancia, el cariño con que tomó a los niños en sus brazos y los bendijo.

La madre no puede dejar de compadecerse de su hijo. Con todo, como aun este hecho tan universal pudiera tener alguna excepción rarísima, Dios añade: «Aunque

se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti.»
(Is. 49, 15).

Amor de padre, amor de madre, tal es el amor de Dios para con sus criaturas extraviadas.

Lo mejor que podemos encontrar en la vida es sólo una imagen de lo que hay en corazón de Dios.

Para enseñarlo a los hombres vino al mundo Jesucristo y para que los hombres lo pudieran entender y creer murió en una cruz.



EL HERRERO DE CALABAZAS

(Conclusión)

Al oír esto, Belcebú, que estaba allí cerca, dijo que si le daba diez o doce diablos para acompañarle él prometía traer al herrero, muerto o vivo.

Satanás dijo entonces:

—Muy bien, Belcebú, pero si usted vuelve sin el herrero, le quitaré el empleo que tiene.

Belcebú se dirigió inmediatamente con sus diablos a la casa del herrero. Cuando llegó eran las once de la mañana, y el herrero se estaba dando un paseo en el patio de su casa.

—Vamos—gritó Belcebú con voz terrible.

—Hola—dijo el herrero—parece que están ustedes muy cansados. ¿Por qué no se sientan un momento a descansar?

—Nada de descansar. Ya sabemos sus mañas. Tome usted lo que necesite y vámonos enseguida—dijo Belcebú.

—Yo ya estoy listo—replicó el herrero—pero lo único que siento es dejar aquí

esas peras que acaban de madurar, y son deliciosas.

—Pierda usted cuidado—dijo Belcebú—que nosotros nos las comeremos en seguida.

Y diciendo esto, se subió al peral, y lo mismo hicieron sus compañeros.

Entonces el herrero les dijo:

—Les prohibo que se bajen de ese peral.

Luego llamó a todos los muchachos del pueblo y les dijo que podían comerse todas las peras del peral si las dejaban caer a pedradas.

Los muchachos empezaron a tirar al árbol tantas piedras que pronto empezaron todos los diablos a pedir al herrero que les dejasen bajar, y prometieron no volver por allí en toda su vida.

El herrero les dejó bajar, y todos se marcharon a toda prisa.

Cuando Belcebú contó a Satanás lo que les había pasado con el herrero, Satanás lleno de rabia les llamó pobres diablos y él mismo se dirigió en persona a casa del herrero.

Cuando el herrero vió al propio Satanás, pensó que la cosa era seria y le pidió permiso para despedirse de su mujer y de sus hijas.

Satanás le dijo:

—Muy bien, pero en seguida, ¡eh!

La mujer del herrero y sus hijas se arrojaron llorando a los pies de Satanás y le pidieron que se las llevase a ellas en lugar del herrero.

—De ninguna manera—dijo Satanás—ya tenemos demasiadas mujeres en el infierno—y sin esperar más tomó al herrero de un brazo y se le llevó consigo.

Al llegar a la puerta quiso alzar el picaporte pero el herrero dijo inmediatamente:

—Le prohibo que suelte el picaporte.

Entonces el herrero tomó un buen palo de roble y empezó a dar a Satanás una gran paliza.

—Déjeme usted—gritaba Satanás—y le prometo dejarle libre para siempre.

El herrero le dejó marcharse, y Satanás no volvió nunca más a la casa del herrero.

Después de muchos años el herrero murió y se dirigió a las puertas del cielo donde no quisieron admitirle porque había tenido trato con Satanás.

Entonces el herrero se dirigió cabizbajo y triste a las puertas del infierno.

Salió a abrirle la puerta uno de los diablos que habían acompañado a Belcebú y al ver al herrero, se metió dentro para decir a Satanás que venía el terrible herrero de Calabazas.

Satanás, al oír esto, mandó cerrar todas las puertas y que no dejasen entrar al herrero de ninguna manera: tal era el miedo que le tenía.

El pobre herrero tuvo que irse también de allí, y dicen que todavía anda por el mundo sin saber a donde dirigirse.



LA ENVIDIA

Hay dos clases de envidia: la que gime y suspira cuando no puede hacer el bien, como otros, y llora cuando no puede disipar el tenebroso manto de la ignorancia y la que se arrastra y envilece, como asquerosa larva en el cieno, la que continua-

mente se retuerce en el suplicio de Tántalo, sin alcanzar lo que pretende.

La primera es hija de la luz, del genio y la nobleza, la segunda es hija de la ignorancia y emana de un corazón depravado. Entre ambos existe una sima profundísima, que las hace mutuamente incompatibles.

Por eso cuando la envidia, mezquina e impotente, ve que la envidia que nace del genio y la nobleza se eleva y encumbra hasta tocar con su frente las excelsas regiones del infinito, no le queda otro recurso que el de ciertos canes, cuando ven brillar la luna en el espacio: ladrarle, ladrarle.

¿Y para qué? ¿Para devorarla o morderla? No, sino para confesar y señalar mejor donde está la grandeza y lo que positivamente no les es dado alcanzar, ni metidos en el inmenso proyectil de Julio Verne.

V. E.



UNA RESPUESTA DE BONAPARTE

Una distinguida señora asistió a una comida que honraba con su presencia el general Bonaparte. Siendo éste objeto de los más calurosos elogios por el feliz resultado obtenido en sus primeras campañas de Italia, exclamó la señora poseída del mayor entusiasmo:

—Tratándose de honra y gloria ¿qué se puede ser en este mundo que no lo sea el general Bonaparte?

—Señora, respondió el general, se puede ser una buena madre de familia.